

Toño Fernández:

| la pluma en el aire*

Numas Armando Gil Olivera
Universidad del Atlántico

No somos, pues, otra cosa
que infancia apelmazada.

Héctor Rojas Herazo

Resumen

El año 1912 aparece en la tierra Miguel Antonio Hernández Vásquez, conocido popularmente como “Toño Fernández”. Él torneó el mágico verso popular y lo dejó para siempre en el alma de su pueblo. Demostró con sus cantos e inspiraciones musicales que la angustia del hombre no es cosa de intelectuales sofisticados, sino que la encontramos hasta en ese humilde campesino que vive en el último rincón del pueblo; así ellos hacen metafísica sin saberlo. Para Antonio Fernández la metafísica se encuentra en medio de cualquier calle, en los sentimientos y angustias del hombre de carne y hueso. Por eso lo poetizó, es decir, lo universalizó en sus canciones. Este artículo recoge la visión de mundo de “El gaitero Mayor”, impresa en sus canciones.

Abstract

In the 1912 turns up upon earth Miguel Antonio Hernández Vásquez, popularly known as “Toño Fernandez” the shapely and magic popular verse and left it forever in the soul of his small town. He proved with his singings and musical inspirations that anguish of man it is not a sort of sophisticated intellectuals, but we found until that humble countryman who lives in the last spot of the small country. In that way they perform metaphysic without know about that. For Antonio Fernandez metaphysic is located in the middle of anywhere road, feelings and anguishes from man who is made of flesh and bones. For this reason he versified, in other words, he become this as universal in his songs, this article gather the world’s vision of “the major piper”, imprinted in his songs.

* Toño Fernández: the feather in the wind.

Recibido y aprobado en agosto de 2010.

Palabras claves:

Toño Fernández, verso popular, visión de mundo, gaita.

Key Words:

Toño Fernández, Popular Verse, World's Vision, Bagpipes.

El gaitero mayor

El año 1912 aparece en la tierra Miguel Antonio Hernández Vásquez, conocido popularmente como “Toño Fernández”. Nació el 24 de septiembre a las 4 horas y 40 minutos de la tarde, en el caserío La Pigiñüela, en San Jacinto (Bolívar), habitado por campesinos pobres, quienes tenían en arriendo un pedazo de tierra. Es el mismo día al que la Iglesia Católica ha bautizado como el día de la Virgen de la Merced. En el mismo año que el filósofo parisino Henry Bergson publicó su obra *El alma y el cuerpo*, un libro de una genialidad exquisita que constituye una reivindicación de la autonomía de la conciencia con respecto al cerebro y con el cual llevó a cabo una pequeña revolución copernicana.

En este mismo año se eligió como presidente de los Estados Unidos a Wilson y Unamuno, el filósofo de la encrucijada, publicó *Contra esto y aquello*, donde planteó que la idea que tiene de Dios es cada vez más distinta de la que había concebido antes; allí aconsejó no dejarse clasificar en la forma de pensar: “haz como el zorro que con su jopo borra sus huellas, despístales”.

Toño Fernández fue el número seis de los hijos de la familia Hernández Vásquez. María Virginia le había parido a Tomás Domingo cinco hijos. Cuando María Virginia Vásquez vio que su cuerpo no le respondía a la normalidad biológica mensual, sintió lo que en cinco oportunidades anteriores: los síntomas de la preñez. No le dijo nada a nadie. Pero se delató con sus dolores de cintura y sus trastornos, por los antojos que le provocaban el mango biche y las ciruelas. También vomitaba cuando probaba la yuca con carne asada.

Su marido, Domingo Hernández, entró en sospecha y se dio cuenta de que estaba embarazada. Entonces se encargó de no poner a trabajar en oficios duros a su mujer y prepararla para recibir la buena nueva; a la criatura que se avecinaba. Los vecinos del caserío La Pigiñüela visitaban a la familia Hernández Vásquez, para darle ánimo a la que estaba esperando al futuro “hombre que era más que todo el mundo”.

A la casa llegaban gaiteros como *Mono Tobías*, que tocaba un solo de gaita hembra, acompañados de unos traguitos de ron ñeque. Algunas veces los hombres eran bienvenidos, pero cuando ya estaban hartos de ron se ponían pesados y María Virginia tenía que regañarlos y sacarlos de su casa a punta de escobazos. El embarazo transcurrió normal, hasta el domingo 24 de septiembre de 1912, cuando nació el nuevo hijo varón de Tomás Domingo Hernández.

Bautizado en la iglesia de San Jacinto, Bolívar, con el nombre de Miguel Antonio Hernández Vásquez, su casa se llenó de sonidos de gaitas. Desde el mismo vientre materno el niño escuchaba los solos de gaita: “*por eso era que tenía tanto repertorio, porque ya vino con archivo propio*”. La infancia de Toño Fernández transcurrió en la Pigiñüela, en un pedazo de tierra que tenía su padre, donde cultivaba ciruela, yuca, aguacate, maíz, coco, tabaco, ñame, ají, papaya, ajonjolí, guayaba. Toño aprendió temprano todos los oficios. No lo mandaron a la escuela del profesor Damián Zuleta a aprender sus primeras letras, porque su padre Tomás Domingo decía que mandar a los niños a la escuela del pueblo era perder el tiempo y acostumbrarlos a vagabundos. “Lo que tienen que hacer es trabajar hurgando la tierra, para recoger sus frutos”; así se irían convirtiendo en “hombres de bien”.

Toño Fernández se crió en la montaña. Vivía en una casa rectangular de tres cuartos, construida con boñiga de vaca. Esta casa tenía su patio y un poco de territorio. Allí se reunían todas las noches alrededor del fuego, contaban historias y se reían mucho. En el patio había árboles frondosos de toda clase. Toda la familia debía tener cuidado para que no se metieran al patio los animales y se comieran la yuca y demás sembrados. El padre de Toño Fernández dormía con su mujer en su cama colocaba detrás de la puerta como especie de guardia, para proteger a la familia de cualquier intruso. Había muchas serpientes, perros lobos, zorros que atacaban de noche. En esas noches Toño sentía miedo; entonces se levantaba de su hamaca y se metía en la cama a dormir con sus padres. Había una lámpara que ponía en una ventanita y se convertía en el ojo de la casa; esa lámpara revelaba el corazón secreto de la noche; alumbraba las travesuras de los humanos, pero cuando se quedaba sin petróleo el susto se apoderaba de todos. Esa lámpara era un signo de la gran espera. Esa prodigiosa lámpara alumbraba el cuarto donde dormían todos y los impulsaba a escudriñar con las miradas el universo nocturno de la casa. Miraban a sus rincones y veían fantasmas; esperaban a que a la lámpara se le acabara el petróleo

para abalanzarse hacia las hamacas y las camas de las hermanas, pero el sueño ya se había apoderado de todos. Y al día siguiente, el señor Tomás Domingo les decía que si no se hubieran dormido el duende se habría dado un festín con todos.

Los juegos

A Toño le gustaba cazar pájaros con todos sus hermanos; para cogerlos utilizaba una pequeña catapulta de madera que disparaba pequeños guijarros. Si tenía suerte derribaba una torcaza. Cuando llegaba a la casa, la entregaba para que la pusieran en el fuego y le chamuscaran bien todas las plumas; luego él la limpiaba, le sacaba las tripas y la cocinaba en una plancha de metal colocada encima del fuego con agua, cebolla y sal. Quedaba deliciosa “*¡Alegrías infantiles que cuestan una moneda de cobre, lindos pegasos, caballitos de madera!*”

Cuando había luna llena en las noches, cuando todo el caserío estaba iluminado por su luz plateada, se jugaba. Se reunían como 15 niños y jugaban a la correa escondida: Alguien del grupo contaba hasta cien sin que nadie mirara donde escondía la correa. Cuando el que la escondía decía: –¡Listo!–, todos los que estaban en el poste salían en estampida buscando la correa con angustia y temor, mirando a los buscadores incesantemente. Cuando uno de ellos estaba cerca de la correa, el que la había escondido decía desde la base de salvación: caliente, caliente, caliente, caliente, caliente, caliente; y si los buscadores estaban lejos, entonces decía: frío, frío, frío, frío, frío, frío. Pero cuando alguien se acercaba a la correa, gritaba más duro y en forma desesperada: caliente, caliente, caliente, caliente, caliente, caliente, hasta que uno del grupo la encontraba y salía corriendo como una fiera detrás de su presa, sin distinguir a ninguno, dando correazos a diestra y siniestra hasta que todo el grupo alcanzaba su libertad agarrando el poste de la esquina, que era el símbolo de la salvación. El que la había encontrado volvía a esconderla y así se repetía el juego, hasta altas horas de la noche, cuando los vencía el cansancio.

Durante los meses de abril y mayo el cielo color azul del pueblo se transformaba en un color negro plomizo que despedía relámpagos, truenos, rayos y centellas. Entonces llovía a cántaros. Parecía que el cielo se despedraba. El caserío se ponía triste y nadie salía de noche a jugar. Todo el mundo se encerraba a realizar oficios caseros.

La “teja corrida”

Una tarde, después de la lluvia, Toño salió a recoger unos mangos que la tempestad había tumbao “olorosos, genuinos, amables y tiernos”, como dice Raúl Gómez Jattin. Cuando los estaba recogiendo del suelo, escuchó un ruido fino a su lado y de inmediato observó una serpiente de nombre “mapaná rabo seco”, que muerde inyectando un veneno terrible. Toño Fernández se quedó paralizado y grito de forma desesperada. El animal venenoso se paró delante de él; Toño comenzó a correr y la serpiente lo seguía veloz. Toño no tuvo más remedio que dar un salto a una rama del árbol de mango y la planta de su pie derecho fue mordisqueada por la serpiente. Su padre acudió al llamado y vio que la serpiente estaba mordiendo a su hijo. Tomó una vara y asestó un duro golpe en la cabeza del ofidio, que quedó muerto. Toño fue llevado a su casa. Su cara estaba pálida y expulsaba espuma por la boca; sus ojos estaban blancos y volteados; su padre sacó de la mochila unos tabacos y se los dio a Toño para que los mascara y tragara su brebaje, que era el contraveneno. “esa culebra estaba de tiempo, es decir, necesitaba macho; por eso lo persiguió”, afirmó la vecina octogenaria Elieth Villarreal.

Más tarde su madre le preparó una bebida compuesta por plantas amargas como balsamina, capitana, ajeno, geranio, concha de mamey, mejorana, malambo, cascarilla y a la que le agregó ron ñeque. Luego mandaron a buscar al curandero o brujo del caserío, llamado Juan Olivera, hombre que conocía los secretos de toda clase de ofidios venenosos. El curandero llegó y ordenó a Toño agarrar unas ramas de ruda, ramas que, al ser tocadas por el mordido de serpiente, se pusieron tristes. El curandero dijo que esa mordida no era peligrosa porque habían matado a la culebra; que descansara y no fuera a hacer zoofilia durante un mes, porque si lo hacía la piel se le pondría vallenata y su vida correría peligro. El filósofo de la cuevita de San Jacinto, Tomás Vásquez Arrieta, lo describe así:

El culebrero de los Montes de María

Juan Olivera, el culebrero de los Montes de María, era contemporáneo con el padre de Toño Fernández, y quizás el más grande y reconocido curandero de la región. Su solo nombre ya infundía respeto entre los pobladores de esa comarca. Muchos fueron los campesinos picados de culebra que encontraron en su mano salvadora la posibilidad de seguir sembrando

yuca, maíz y tabaco y continuar bebiendo ron blanco. O, como en el caso de Toño Fernández, de seguir sonando su gaita.

Se puede decir que el reconocimiento y la fama de un culebrero le vienen directamente, por la eficacia de los resultados en el tratamiento de una mordedura de uno de estos temidos animales. Pero la fama de Juan Olivera también le llegaba por el hecho de capturar vivas a las culebras, quien sabe con qué secreta técnica, para luego andar cargando con ellas en su mochila personal, lo que otorgaba un mayor aire de respeto y temor entre sus coterráneos.

Ser culebrero es un oficio muy raro que no se sabe bien cómo ni dónde se aprende. Para eso no existen escuelas. Esta práctica tuvo su auge en tiempo pasados, en los que eran muchos los campesinos que trabajan en terrenos inhóspitos, expuestos cada día a una picadura de culebra y no contaban, como ahora, con los modernos y científicos sueros antiofídicos. La mano y el rezo de culebrero, acompañados de la “contra”, eran la única salvación posible. De allí su alto reconocimiento social entre las poblaciones campesinas. En épocas pasadas cada pueblo tenía su culebrero, y con ellos ocurría lo que con los buenos médicos; es decir, que su fama trascendía su pueblo y se ampliaba a las regiones.

Juan Olivera era un hombre delgado y alto, de caminar mecido, “*jamaquiao*”, se podría decir. Nunca se le veía sin su redondo sombrero *vueltaio*. Siempre vestía de camisa manga larga abotonada en la muñeca, indiferente al calor de San Jacinto. Su voz era aguda y sus ojos pequeños y vivos, como los de una serpiente. Pero si algo caracterizaba la presencia de este culebrero era su inseparable mochila de fique a colores, de esas en las que los campesinos costeños llevan el bastimento. En ella acostumbraba cargar por lo menos unas o dos mapanás prietas. Cuando conversaba con alguien y los animales se movían, él le daba unos tiernos golpecitos a la mochila y las culebras se quedaban quietas. “*Me obedecen como hijas*”, solía decir sonriente.

Vivía en el barrio Loma del Viento. Su casa quedaba de espaldas a un solar grande y abandonado, que los muchachos de esos años se tomaron convirtiéndolo en la única cancha deportiva del pueblo, pero con el agravante de que cuando algún bateador lento daba un “*faubol*”, o cuando un delantero desesperado pateaba demasiado por lo alto (tumba coco, se le decía), la

pelota iba a dar al patio de la casa de Juan Olivera; y por muy bueno que estuviera el partido nadie se atrevía a ir a recogerla, por el temor a las culebras que, según decían los muchachos, jugueteaban junto con las gallinas, sin salirse por la cerca del patio. Entonces, cuando esto sucedía, había que esperar a que alguien de la casa se compadeciera de los pelaos y devolviera la pelota.

Cuentan que un día Olivera se emborrachó más de lo acostumbrado y cuando iba rumbo a su casa se tropezó con una rueda de gaita callejera en la esquina de Migue Curvo. Dicen los que lo vieron llegar, con su caminar culebreado por los tragos, que apenas la gente advirtió su presencia corrió en estampida y en pocos minutos sólo quedaron los Gaiteros tocando y él abrazado con Toño Fernández, bailando un son. Los más animosos que se acercaron con cuidado, comentaron haber visto cuando Juan sacó de su mochila una robusta y bien cuidada mapaná rabo seco, le dio de beber un trago de ñeque y la puso a bailar una gaita corrida, mientras Toño observaba atentamente como el animal se levantaba como una cobra y daba vueltas sobre su propio cuerpo; al terminar la pieza ya le tenía compuesta una décima. Dicen que fue porque se excedió en uno de estos juegos con las culebras que Juan Olivera encontró la muerte, que siempre había cargado en su mochila, Innovando su repertorio de juegos, se introdujo un jeme de la cabeza de una culebra en la boca y la culebra lo traicionó mordándole la garganta. Al morir de esta manera desmintió a mucha gente de mala fe, que decía que él hacía lo que hacía con las culebras porque previamente les cortaba los colmillos para evitar el peligro de la muerte.

Dicen que a la mañana siguiente de la picadura, los hermanos de Toño fueron a enterrar a la serpiente, ¡Oh sorpresa!: la serpiente estaba transformada en una gaita hembra. Quizás por eso Toño Fernández sentía en lo más hondo de su ser ese sonido ancestral y triste de la chuana, que no sabía de donde venía. Era una especie de posesión, la locura de gaita.

Toño Fernández duró unos cuarenta días en su período de convalecencia, tiempo en que se la pasaba silbando; notas nostálgicas salían a borbotones de su talento. En las noches se levantaba de la hamaca donde dormía a sacarle versos a las estrellas y al silencio sagrado. Vestía de versos todas las cosas que adornaban su cabaña. Los hermanos solían verlo desde lejos y comentaban entre ellos que esa mordida de culebra lo había “toleteado”, que se le había “corrido la teja”. Siempre permanecía silbando, tanto que

aburría a los que lo acompañaban. No comía sus alimentos a tiempo por estar vistiendo de versos todo lo que veía. Cuando sus hermanos no obedecían lo que les mandaba, montaba en cólera y les decía: “me las pagarán, los voy a sacar en verso”.

La primera gaita

En este tiempo Manuel Lora era jornalero de Tomás Domingo, el padre de Toño; es decir, trabajaba por día. Cuando descansaban de la jornada matinal después de sembrar el tabaco, Manuelito almorzaba y luego sacaba del caballete del rancho una gaita hembra; comenzaba a soplar y emitía sonidos tristes y hermosos. Cuando escuchó a Manuel Lora, Toño Fernández sintió una punzada musical; parecía que esas notas las había escuchado en algún lugar. Un día, cuando Manuel terminó su solo de gaita hembra, Toño Fernández le dijo:

- Manuelito, por qué no me regalas una animaleja de esas.
- Regalá no. Más bien, te la cambio por un bulto de tabaco.
- Está bien. Te daré el bulto de tabaco”, respondió Toño en un tono alegre.

De la fecundidad del tabaco a la de la gaita

Toño Fernández había aprendido a cultivar el tabaco, un producto fundamental en la economía del pueblo en aquel entonces. Por eso le ofreció el bulto a Manuelito Lora.

La producción de tabaco comenzaba en el mes de mayo y lo recolectaban para venderlo en el de agosto, el día del santo patrono, para las fiestas, cuando el campesino ha tenido que vender sus ramas y comprar vestidos nuevos para su familia.

El tabaco es una hierba anual de hojas ovales, anchas y grandes, de color verde oscuro. Es originaria de América, pues en la época del Descubrimiento ya nuestros indígenas hacían uso de ella. En un principio se conocía este vegetal con el nombre de betún, pero

se le dio el de tabaco por haberse encontrado en la isla de Tabago, en el golfo de México¹.

Toño sabía que en el mes de octubre la mata de tabaco zoquea y echa la flor, donde se deposita la semilla. Sabía que para esta época se tenía que cortar la flor para recoger la semilla, la cual sirve para hacer la troja el próximo año y la huerta el mes de mayo siguiente. Sacudió la flor de tabaco y recogió su semilla, que guardó en un calabazo bien tapado. Luego lo colgó en el rancho y esperó pacientemente el mes de febrero para hacer la troja, la que construyó con cuatro horquetas y las varas necesarias para que quedara bien tupida –una especie de mesa– con el fin de que no se le saliera la boñiga de hormiga revuelta con cagajón de asno. Mezcladas estas dos sustancias, tendría que germinar la semilla. Luego le hizo a la troja una especie de techo movable, para protegerla del sol durante el día y destaparla en la tarde, evitando así que el sereno nocturno la refrescara, y para ayudar a evolucionar la semilla “dialécticamente”.

Cuidó la troja durante 40 días; la regó con regadera; la tapaba durante el día y la destapaba en la noche. Durante este tiempo la semilla se transformó en un retoño endeble. También en este período, Toño hizo los semilleros con un procedimiento similar al de la troja, pero en el suelo.

La troja tenía dos metros cuadrados y el semillero lo construyó de 20 metros de largo por 1,20 de ancho. Lo preparó con boñiga de hormiga y excremento de asno. Y, al igual que la troja, le construyó el techo móvil. Después de 40 días transplantó los retoños a los semilleros y los regaba pacientemente tres veces al día: en la mañana, al medio día y en la tarde; lo tapaba en la mañana para protegerlo del sol y lo destapaba en la tarde, para que el rocío nocturno lo refrescara y lo ayudara a crecer.

Mientras la semilla crecía en los semilleros, Toño preparó la tierra donde definitivamente estaría la huerta y comenzó a sembrar con las primeras lluvias de mayo, cuando la tierra está bien mojada. Desde ese instante, Fernández le brindó los cuidados necesarios, regándolo manualmente, porque

¹ Libro de lectura. *Alegría de Leer* (1938). No. IV Vigésimo segunda Edición, Chile, p. 131. Es importante resaltar aquí el texto de Don Vicente Pérez Silva: *Ventura y desventura de un educador*. Ediciones Amigo Sol. Bogotá, 11/2001. Donde refiere, para sorpresa de muchos y desconcierto de otros, que el maestro nariñense Manuel Agustín Ordoñez es el verdadero autor de la cartilla *Alegría de Leer* y no el señor Evangelista Quintana.

en ese año no vinieron las lluvias de mayo; de no regarlas hubieran muerto muchas plantas y habría tenido que empezar de nuevo. También le hizo las primeras raspas y esperó el mes de julio para poder cortar el primer *bajero*; se llama así porque las hojas del tabaco llegan al suelo, se arrastran.

En el mes de agosto, como había habido buen tiempo, es decir, había llovido, empezó a cortar el tabaco más limpio, lo envolvió en fiques o tiras de fiques, lo cargó en el asno y lo llevó al rancho. Allí clasificó la primera capa, que contiene el más limpio y grande; luego la segunda y finalmente el *jamiche*, que es el más pequeño de los tres, roto y pintado. En la noche lo ensartó con unas puyas hechas de lata, especie de madera espinosa bien afilada con una punta y un orificio en la parte posterior, donde se introduce la pita de fique; estas puyas tienen entre un metro y 1.20 metros de largo. Se van ensartando hojas por hoja, en la vena de dicha hoja. Luego lo pasó a la pita, que por lo general tiene de 2 a 2 ½ metros de largo; lo alzó en los cuadros del rancho, hechos especialmente para eso y candealeó durante una semana cada corte (hizo fogones con leña que no arde, sino que echa humo, para que el tabaco seque colorado). Lo bajó a los ocho días bien temprano, lo estereó, le echó buena agua con la regadera para suavizarlo, lo enmasó y clasificó: capa, segunda y jamiche. Luego lo enficó y el bulto quedó listo para entregarlo a Manuelito Lora.

–“Aquí está tu bulto de tabaco, Manuelito”–, Le dijo Toño Fernández después del almuerzo. “No quiero que mi papá se dé cuenta de este cambio. Así que la animaleja esa me la escondes en el bulto de palma de iraca, donde ponen los huevos las gallinas”. Manuelito le hizo caso.

La cosecha del tabaco

Vengo a contarles contento
la cosecha del tabaco
en estos versos que saco
de mi profundo talento
a todos se las presento
bien clara y sin nada opaco
conforme yo la destaco
préstele mucha atención
pa' qué sirve la reunión
la cosecha del tabaco.
Primero se hace la troja

y se le echa agua en relleno
 buen agua hasta va surtiendo
 luego ella misma se afloja
 y más tarde se le arroja
 la semilla por bastante
 ella se mete elegante
 pero que buen reguía
 la tengan todos los días
 hasta que esté de transplante.
 Cuando está de transplantar
 la saca el tabacalero
 y la pasa al semillero
 hasta que esté de sembrar;
 no la deja de regar
 diariamente hasta dos veces
 porque a ella le favorece
 ir húmeda a su terreno
 y si el tiempo le hace bueno
 hay bajero a los dos meses.

Siempre en el primer bajero
 se le nota el jamichito,
 pero él se pone bonito
 cuando se le hace el tercero
 le corta el tabacalero
 y en una puya de lata
 hoja por hoja lo ensarta
 escogiendo la primera
 la segunda y la tercera
 tres clases que da la mata.

En una pita se llena
 luego en el rancho se guinda
 y buen humo se le brinda
 hasta cumplir su faena
 cuando ya queda sin vena
 todita la hoja escurrida
 se enmasa, pero enseguida
 se cambia por dinero
 más luego el pueblo carmero
 se encarga en darle salida

(Decimero: Rafael Pérez García).

Toño Fernández esperaba ansioso a que llegara el sábado para que su papá se marchara al pueblo a comerciar su tabaco y él poder tocar su gaita sin temor. Cuando su padre marchó al pueblo Toño cogió su gaita y no la soltó nunca más en su vida. Los primeros días tocaba escondido arriba de los árboles, para confundir su nota con la de los pájaros; también en la cañada del arroyito de María; en la casa de los vecinos; sobre el asno cuando iba a comprar la carne; con sus hermanos, sin que su padre lo viera y escuchara.

Las fiestas del pueblo comenzaban el 12 de agosto y terminaban el 16. Los campesinos bajaban de la montaña y se embriagaban en las fiestas; tenían plata porque habían vendido su cosecha de tabaco. Se metían a mantear a los toros en las corralejas de madera y amanecían bailando en las ruedas de gaita durante los cuatro días de fiesta.

El debut

Aquella vez Toño Fernández aprovechó las fiestas y se metió en la rueda de gaita, donde estaban ejecutando los Hermanos Lara, que ya tenían renombre en el pueblo como buenos gaiteros. “Déjame que te acompañe con el macho en la próxima pieza, Juancho”. Juan Lara lo aprobó y quedaron todos sorprendidos por la forma como Toño ejecutaba su gaita macho. José Lora no lo podía creer. Quedó tan embobado, que Toño aprovechó y le dijo: “¡Y ustedes creen que son los únicos que tocan esas animalejas! También canto y hago versos”.

Toño Fernández cantó por primera vez en son de gaita. Le puso versos a la música ejecutada con gaita y lo hizo de maravilla: “*Si Toño Fernández canta/ Despierta al que está dormido/ Despierta a la mujer sola/ y a la que tiene marío*”. Todos los presentes quedaron con la boca abierta observando al nuevo artista. Su fama se regó como la verdolaga por toda la región de los Montes de María la Alta. Desde esa noche, la amistad con los hermanos Lara se selló para siempre y crearon la agrupación *Los Gaiteros de San Jacinto*, pertenecientes a la cuarta generación.

Desde entonces Toño Fernández no volvió a su casa del monte y se dedicó a aprender la mecánica Diesel, a componer tractores y toda clase de carros viejos. Combinaba su profesión de mecánico con la práctica y creación de

la música de las gaitas en el pueblo. *“Escuchaba pasar el tiempo en el pelo de las mujeres. Oía correr el tiempo en su sangre, cuando sentía la roja mordedura del verano. Oía pasar el tiempo entre los sueños”* (Carranza). Esto especialmente cuando era invierno y la gaita oía caer la lluvia, caer la tarde, un pétalo, el olvido. Cuando llovía mucho se ponía muy triste y melancólico y lo acosaba la añoranza de sembrar el tabaco; pero la gaita se lo impedía; ella nunca lo abandonó, siempre lo había esperado, y no lo soltaría jamás.

El día que la gaita encontró a su hombre no hubo ninguna gracia de más... Su padre conoció su pasión musical de manera casual, en medio de una fiesta. Uno de los músicos debió irse y alguien llamó a Fernández para que ocupara su sitio, a sabiendas de que su padre estaba arrebujaado entre la multitud. Después del primer toque, el viejo soportó la andanada de sus amigos que le decían: –Ese hijo tuyo toca’, mientras el respondía:– Qué va a tocá; qué va a tocá. (Fernández, 1991).

Después Fernández mismo lo citó a una sesión en privado y tocó sólo para él la gaita, con una minucia de baquiano del viento, y el viejo lo reconoció: –“Eso está bueno, Toño; y lo dejó andar en la música”. (Fernández, 1991)

Toño Fernández era un hombre de color de tierra, que cuando ejecutaba sus pitos no miraba ni sentía; simplemente tocaba. Parecía que estuviera embrujado. Su gaita, su música, parecía de otro mundo, de otros seres, tristes y melancólicos. Venía de gente rústica, de creadores que, aunque anónimos, nunca fueron impersonales. De ahí que la resistencia contra la cual tropieza el talento artístico espontáneo y personal del mestizo es más fuerte que la tradición, las normas escolares y el conservadurismo.

Una sociedad, dice Weber, se muestra también en su arte más conservadora, tradicional y convencional que un grupo cultural más elevado. Por eso el arte de nuestro pueblo es un fenómeno histórico que se deja descomponer dialécticamente, en una facultad o espíritu personal y una resistencia anónima, un principio consagrado, tradicional e inflexible. (Hauser, 1979).

Toño enalteció la chuana rústica; torneó el mágico verso popular y lo dejó para siempre en el alma de su pueblo. Demostró con sus cantos e inspiraciones musicales que la angustia del hombre no es cosa de intelectuales

sofisticados y europeizantes, sino que la encontramos hasta en ese humilde campesino que vive en el último rincón del pueblo; así ellos hacen metafísica sin saberlo. Para Antonio Fernández la metafísica se encuentra en medio de cualquier calle, en los sentimientos y angustias del hombre de carne y hueso. Por eso lo poetizó, es decir, lo universalizó en sus canciones. “Yo me quedo –decía– mirando la cara y los ojos de mi gente y ahí le pongo luz a la cosa y en un dos por tres está el verso armado, reflejando el ojo y más allá de él. Son motivos que recolecto y luego se los pongo a mis canciones, para alegrar la materia cuando está triste”. De esa manera buscaba restablecer el erguido canto de una materia vuelta hombre: que habla, sueña y canta.

Referencias

- Fernández, Toño (1991). Discografía citada en el cuerpo del texto.
- Hauser, Arnold (1979). *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid: Guadarrama.
- Libro de lectura. *Alegría de Leer* (1938). No. IV Vigésimo segunda Edición, Chile.
- Pérez García, Rafael (sf). *La cosecha de tabaco*. Décimas.
- Pérez Silva, Vicente (2001). *Ventura y desventura de un educador*. Bogotá: Ediciones Amigo Sol.